

sita, quedaba en éxtasis. La multitud pensaba que su amada reina había empezado ya su viaje al paraíso.

Muchos ciudadanos esperaban aún, creyendo que el cielo se contentaría con una víctima, pero el 17 de julio circuló entre el pueblo la noticia de que la reina se halla-
in extremis.

Pocos momentos después resonaron las campanas grandes de la catedral con lúgubre son. Mensajeros á caballo bajaron presurosos á la llanura, otros mensajeros de rostro torvo y triste corrieron aquí y allá hasta desaparecer en el horizonte. Comprendióse que se había quedado sin reina, y en la alta torre del castillo se enarboló bandera negra con una calavera y dos huesos entrecruzados.

No había duda; la reina estaba en el cielo. Un coro de sollozos y lamentos ascendió á través de la atmósfera. Los caballeros desgarraban sus vestiduras, y mirando la gran bandera negra permanecían absortos.

Otros blasfemaban murmurando palabras casi sacrilegas.

—¿Para qué sirven las procesiones, las rogativas, los funerales?... la reina ha muerto.

Se la quería ver por última vez, pero el rey ordenó que no entrara nadie, asegurando que antes de enterrarla se la expondría al público.

La multitud hablaba de los últimos momentos de la reina, de los milagros que se realizaron en torno de su ataúd; de éstos nadie dudaba, y algunos añadían que la canonización no se haría esperar.

No sólo el pueblo, sino los nobles pensaron que con la reina se eclipsaba la más fulgida estrella de la nación; y uno á otro se preguntaban: ¿qué sucederá? ¿Permanecerá Jagellon en el trono, ó se retirará á Lithuania? Se creía que prevalecería la segunda hipótesis, y se dolían los nobles de que tantas tierras conquistadas á fuerza de sangre debieran cederse á la orden del Temple y de que los reyes de Hungría y de Bohemia crecieran en poder, mientras

que Polonia, que había sido uno de los países más poderosos del mundo, quedara convertido en uno de los más pobres y míseros.

Hasta los tenderos hacían votos porque Jagellón permaneciese en el trono, y esperaban que estallase una guerra contra la Orden.

Sabían que la reina, que era una santa dama, había contenido á su esposo mientras vivió, pero que dotada como estaba del don de profecía, había dicho una vez que al morir ella, el rey daría rienda suelta á su ira castigando á los germanos.

Presuntuosos los templarios, no temían la guerra y pensaban que una vez muerta la reina, se desvanecería para siempre su influencia y acudirían á alistarse bajo las banderas de la Orden, numerosas huestes de Germania, de Burgundia, de Frisia y de algunas tierras aún más lejanas.

La muerte de Edvigia era un hecho de tanta importancia, que Lichstentein creyó oportuno partir para Malborg á dar la noticia al gran Maestre. Los embajadores de Hungría y de Bohemia, siguiendo el ejemplo del alemán, avisaron también á sus soberanos.

Jagellone, abatido por el golpe impensado, reunió á sus consejeros y les hizo saber su decisión de deponer la corona y retirarse á sus estados.

Estaba tan afligido y desesperado, que no sabía ocuparse en los negocios del reino y únicamente pensaba en que no estuvo presente en la agonía de la reina y no había podido recoger sus últimas palabras.

En vano Estanislao de Skarbimeg y el obispo Vish trataban de persuadirle á que aceptase el cáliz que Dios le ofrecía; no se conformaba el rey y contestaba.

—Sin ella no soy ya el rey, sino un pecador sin consuelo.

Entretanto en Cracovia solo se hablaba de los funerales de la reina, y las clases menesterosas pensaban ya en las limosnas que se repartirían con tan triste motivo. El des-

pojo mortal de Edvigia fué llevado á la basilica y puesto sobre un lecho de flores. Parecía la difunta una santa del Paraíso. Alrededor del féretro comparecieron enfermos, locos y niños, y en la iglesia de cuando en cuando resonaba el grito de una madre que veía sanar á su hijo, ó la exclamación de júbilo de un paralítico que sentía nuevo vigor en sus miembros.

Nadie se acordaba de Zbishko, ¿y quién pudiera pensar en él y en su delito? Supo por sus guardianes la muerte de la reina, oyó el rumor de la multitud alrededor del castillo, y cuando doblaron lentamente las campanas, cayó de rodillas rogando por el alma de la querida soberana.

Parecía que con ella perdiera una parte de sí mismo, y que no le valía la pena de vivir.

Durante muchos días oyó cantos funerales, lamentos de las campanas, quejidos de la gente, y una sombría tristeza apoderóse de él, que se agitaba en el cuarto como un felino.

La soledad le oprimía. Algunas veces el carcelero se olvidaba de llevarle comida y agua, y desde el día nefasto, nadie acudió á confortar al joven prisionero, ni la princesa, ni Danusia, ni Povala de Tacev, ¡nadie, nadie!

Zbishko pensaba que todos le habían olvidado y que hasta el juez supremo de Cracovia no le recordaba y que debía permanecer allí hasta la muerte.

Un mes después de los funerales Zbishko comenzó á pensar en la vuelta de Matzko; Malborg no estaba en el fin del mundo, y en doce semanas habia tiempo de ir y volver.

—¿Quién sabe si se cuida de sus propios asuntos?—pensaba Zbishko,—quizá en el camino ha encontrado una mujer que le convenza y ha ido á Bogdanetz y yo deberé permanecer aquí, Dios sabe hasta cuándo.

A medida que pasaban los días tornábase más taciturno; el pelo no cortado le llegaba hasta los hombros, y te-

nia la cabeza inclinada sobre el pecho, no levantándola siquiera ni cuando el carcelero entraba la comida.

Un día resonó en sus oídos, bajo la negra bóveda, una voz bien conocida.

—¡Zbishkol

—¡Tío!

Se abrazaron, y Zbishko llorando murmuró:

—Temía que no volviérais más.

—Poco le ha faltado,—replicó Matzko.

—Hablad, hablad, contadme lo sucedido.

El viejo guerrero permaneció silencioso durante unos minutos y después dijo:

—Apenas hube atravesado la frontera, me hirieron de un flechazo; por fortuna Dios me envió un socorro...

—¿Quién fué el que os socorrió?

—Jurand Spichov.

Después de un breve silencio, continuó:

—Los caballeros que me asaltaron fueron vencidos por él, y apenas unos cuantos pudieron salvarse escapando; á mí me llevaron á Spichov, donde durante tres semanas estuve entre la vida y la muerte. Dios no quiso que me muriese y aunque enfermo, he vuelto.

—¿No habéis ido, pues, á Malborg?

—¿A qué ni para qué? La carta me fué robada, y ahora rogaré á la princesa que escriba otra, porque yo, estoy malo, muy malo, mira...

Y diciendo esto, enseñaba en la palma de la mano un poco de saliva manchada de sangre.

—¿Siempre así?

—Sí, la lanza me entró entre las costillas, á tí te hubiese sucedido otro tanto. En Spichov estaba mejor; pero ahora estoy cansado porque el viaje es largo y lo he realizado en breve tiempo.

—¿Por qué os apresurastéis? Debiérais cuidar vuestra salud.

—He querido llegar á tiempo para ver á la princesa Alejandra, á fin de que me diera otra carta. Jurand me ha aconsejado que volviera pronto á Spichov y me ha prometido enviar la carta al gran Maestro de la Orden por medio de uno de los prisioneros alemanes que guarda en su fortaleza.

—Me parece extraño que hayas perdido la carta, porque Jurand, después de haber vencido á vuestros enemigos, podía haber recobrado la misiva.

—No les aprisionó á todos; cinco de ellos escaparon y con ellos mi carta.

Matzko tuvo un golpe de tos; en el pañuelo que acercó á los labios había una gran mancha de sangre.

—Estáis herido gravemente, ¿cómo ocurrió eso?

—Iba yo descuidado y sin coraza porque hacía mucho calor, y unos mercaderes me aseguraron que el país estaba tranquilo, cuando de repente aparecieron unos hombres entre el monte bajo.

—¿Quién era el jefe de los asesinos? ¿Un templario?

—No; un alemán de Lentz.

—¿Le aprisionasteis?

—Sí, ahora está en el subterráneo de Jurand.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó Zbishko,—por qué permitís que Lichtenstein y el alemán de Lentz vivan, y en cambio me hayan de cortar la cabeza sobre el cadalso y haya de morir Matzko.

—¡Ah! si pudiera salvarte...

—¿Habéis visto á alguien?

—He visto al magistrado Jasko y sé que Lichstenstein ha partido.

—¿Ha marchado?

—Sí, después de la muerte de la reina.

—¿Dónde está Jagellón?

—Ha marchado á Rusia después de los funerales.

—Entonces no hay esperanza de salvación.

—Ninguna. El juez siente compasión por tí, pero no

hay medio de salvarte; sólo confía en la intercesión de la princesa.

—¿Está aún en Cracovia?

—Sí, porque Danusia ha caído enferma.

—¡Dios mío! Hasta Danusia está enferma, ¿qué tiene?

—No lo sé. La princesa cree que es mal de ojo.

—Se lo habrá dado Lichtenstein, que es hijo de un perro.

—Quizá...

—Porque la niña está mala, nadie se acuerda de mí.

Diciendo esto, Zbishko se puso á andar á grandes pasos por el cuarto. Luego dijo á Matzko:

—Ojalá Dios os recompense por cuanto habéis hecho, Mucho es, pero yo os ruego por cuanto os sea más caro en este mundo que vayáis á encontrar á Jasko y le pidáis que me deje libre durante doce semanas. En este tiempo, desafiaré á Lichtenstein y uno de los dos morirá.

—Lo haré; pero dudo del éxito.

—Empeñaré mi palabra de honor. Necesito doce semanas y no más.

—¿Y si te hirieran y no pudieras volver?

—Volvería aún medio muerto; además, durante ese tiempo volverá de Rusia el rey y podré pedirle mi absolución.

—Es verdad,—murmuró Matzko, y luego añadió:

—El juez me ha dicho que no se había cuidado de tí; porque debía acudir á los funerales de la reina y que ahora que han terminado se cumplirá la justicia.

—No; sabe ya que un hidalgo no quebranta la palabra dada y lo mismo le importaría que mi cabeza caiga hoy que dentro de algunas semanas.

—Esperemos; hoy mismo iré á verle.

—Reposad hoy y cuidad vuestra herida.

—Oye, me acuerdo ahora de que no tienes las espuelas de caballero y Lichtenstein puede rehusar batirse contigo; ¿qué harás entonces?

Zbishko contestó después de quedar pensativo unos instantes:

—¿No se va á declarar acaso la guerra? Allí nadie pregunta á nadie si es ó no caballero.

—No se trata de guerra, se trata de un desafío de uno contra uno.

—Tenéis razón, haré que me arme caballero el príncipe Janush. Si la princesa y Danusia se lo piden, no me lo negará. Antes de batirme con él, desafiaré al hijo de de Nicolás de Dlugoliass.

—¿Por qué?

—Porque su padre me ha dicho que Danusia era una chiquilla.

Matzko miró á Zbishko con aire incrédulo y el joven continuó:

—Tal ofensa no la puedo soportar, y no pudiendo desafiarme con un viejo lo haré con su hijo.

Matzko se puso serio y contestó:

—Lo siento por tu cabeza, pero no por tus sesos, que no los tienes.

—¿Por qué habláis así?

El anciano no contestó é hizo ademán de salir; Zbishko dió un salto hacia la puerta y lo detuvo.

—¿Decidme, está mejor Danusia?—y añadió;—ea, no os enfadéis, ¡hace tanto tiempo que no estamos juntos!... diciendo esto, besó de nuevo la mano del viejo.

—Danusia está mejor, pero no le es permitido abandonar su habitación; consultadle...

Zbishko, cuando quedó solo se alegró al pensar que aún le quedaban tres meses de vida durante los cuales podría dar su merecido al feroz templario. Comprendía que fuera de éste, nadie le odiaba, y que si le condenó el juez, fué porque se vió obligado á ello.

El joven esperaba, y cuando al cabo de un par de horas oyó los pasos de Matzko que volvía, se lanzó á la puerta exclamando:

—¿Te lo ha concedido? ¿te lo ha concedido?

El anciano que apenas podía respirar á causa del cansancio se echó sobre la cama y murmuró:

—El magistrado me ha dicho que si debes hacer alguna diligencia, te concederá un par de semanas á lo sumo.

Zbishko quedó dolorosamente sorprendido.

—¿Dos semanas?—dijo.—Si ya para el viaje de ida necesito más de una.

—Lo comprendo; pero el magistrado, á pesar del ruego de la princesa Ana, se ha mostrado inexorable.

—¿Por qué?

—Porque á pesar de compadecerte y que no deséa tu muerte, á él le incumbe ser el guardador fiel de las leyes del reino, y si se quebrantaban por asunto de tanta importancia, por ofensa tan sonada como fué la tuya, no habría quien pudiera confiar ni en la fe de nuestra nación ni en los juramentos de lealtad internacionales.

Matzko, después de pronunciar estas palabras, añadió con fatiga:

—¡Sólo Dios puede salvarte!

—¡Morir tan pronto! dentro de dos ó tres días. Todo cuanto pude hacer lo hice. He visto al sacerdote Estanislao de Skarbimeg para rogarle que viniera á verte, á fin de que te confesaras con el confesor de la reina; pero no le hallé; había ido á ver á la princesa Ana.

—¿Quizá á causa de Danusia?

—¡Qué tontería! ¿No te digo que está mejor?

Zbishko se sentó y apoyando los codos en las rodillas bajó la cabeza; el viejo, conmovido, le llamó por su nombre.

—¡Zbishko! ¡Zbishko!

El mozo se estremeció; en su rostro, antes que el dolor, aparecían el odio y la ira.

Matzko acariciándole le habló:

—Oye, el príncipe Vitoldo, cuando estuvo prisionero, escapó vestido de mujer. Podemos hacer otra cosa, toma

mi manto y mi capuchón; quizá no te conozcan. Si lo consigues, vé á encontrar al príncipe Vitoldo; éste te acogerá benévolo, é intercederá por tí cerca de Jagellon.

—No, no quiero,—contestó Zbishko levantando la cabeza.

—¿Por qué? Piensa que contigo se extinguirá nuestra raza; piensa que yo soy viejo y que la vida me importa muy poco, mientras tú eres joven y amas la existencia.

Diciendo estas palabras comenzó el anciano á quitarse su ropa pero Zbishko le contuvo.

—Por la cruz juro, que no haré lo que queréis.

—¿Por qué?

—Porque no lo haré.

Matzko palideció.

—¡Ojalá no hubieses nacido!—dijo con rudeza.

—Ya otra vez habéis querido sacrificaros por mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Povala.

—¡Ah!

—Sí, y el magistrado os ha hecho notar que la infamia recaería sobre mí y sobre toda mi familia. Se comprende, ¿hay algo más vil que huir y dejaros en mi sitio?

—De todos modos debo morir...

—Razón de más para no dejaros tan viejo y enfermo.

Callaron ambos; no se oía sino la respiración cansada de Zbishko y el ruido que armaban los soldados en el patio.

—Oye,—dijo Matzko;—si no fué indecoroso para el príncipe Vitoldo huir, tampoco lo sería para tí.

—Vitoldo es un príncipe, tiene riquezas, poder; yo soy un pobre y solo poseo el honor, y además os amo, y no quiero que vuestra cabeza caiga en vez de la mía.

Matzko tembló, tendió las manos, y aún cuando su carácter de guerrero fuese entero y resuelto, rompió en llanto, gritando:

—¡Zbishkol! Zbishkol!

*
*
*

Al día siguiente empezaron los preparativos para levantar el cadalso frente á las casas Consistoriales.

La princesa recurrió á todas las lumbreras de la magistratura para ver de hallar un efugio que salvase la cabeza del joven.

Desde las primeras horas de la mañana la plaza estaba llena de gente, porque la muerte de un noble interesaba más que la de un criminal vulgar.

Entre las mujeres circuló la voz de que el reo era muy joven y apuesto, y todas acudieron á presenciar la ejecución vestidas con sus mejores galas y hasta en las ventanas de la plaza se advertían grupos de muchachas deslumbrantes de oro y terciopelo, con el pelo adornado con rosas y lilas.

Los consejeros de estado se pusieron junto al cadalso y los muchachos se esforzaban por hallar un hueco entre las piernas de los espectadores.

El cadalso estaba cubierto con un paño nuevo; sobre él había tres hombres, el verdugo y sus dos ayudantes, que estaban con los brazos desnudos y una cuerda á la cintura. Al lado suyo se veía un ataúd recubierto de paño negro.

Las campanas de la iglesia doblaban estruendosamente asustando á los pájaros; los plebeyos contemplaban á los caballeros. Gran compasión producía el pálido rostro de Matzko de Bogdanetz que estaba sostenido por Florian de Koritnitz y por Martín Vrotzimovitz; creían muchos que era el padre del reo.

Povala de Tacev estaba en primera fila y llevaba de la mano á Danusia, vestida de blanco y con una verde corona sobre su rubia cabeza. El pueblo no comprendía el significado de aquel traje, ni por qué asistía á la tremenda ceremonia.

Algunos decían que era la hermana, otros la dama del reo; su rostro lindísimo y sus ojos llorosos enternecieron á todos. Se murmuraba contra la inexorabilidad de la sentencia, y alguien dijo que si se destruyera el cadalso la sentencia sería aplazada. Era convicción general que si el rey estuviera en Cracovia hubiera perdonado al reo, á quien todos creían inocente.

Cuando el lejano rumor anunció que llegaban los alabarderos, en la plaza reinó profundo silencio.

Apareció el lúgubre cortejo; entre los soldados caminaba el reo, precedíanle frailes con largas capas negras y coronas que les cubrían el rostro, dejando únicamente descubiertos los ojos. A su vista el pueblo se estremeció.

Seguía la guardia real compuesta de mocetones lituanos que llevaban túnicas de piel de alce.

Cerraban la procesión otros alabarderos; en el centro, entre el escribano del tribunal que debía leer la sentencia y el sacerdote que llevaba la cruz, iba Zbishko.

Hacia él se volvieron todas las miradas; llevaba el kuntuse blanco bordado de oro y parecía un príncipe de ilustre prosapia. La estatura, los hombros bien cuadrados, el pecho amplísimo le hacían parecer un hombre maduro, pero su hermoso rostro orlado de cabellos de oro que caían por sus espaldas le daba un aire infantil.

Zbishko andaba con paso firme y resuelto, pero su rostro estaba pálido; tan pronto miraba á la multitud como levantaba los ojos al campanario que señalaba su última hora.

Un ramo de flores lanzado por una joven del pueblo cayó á sus pies; él se inclinó y recogéndolo sonrió á la muchacha que rompió en amargo llanto.

La multitud contenida por los alabarderos se mostraba cada vez más tumultuosa, y aunque los dos tercios de la población de Cracovia fuera alemana, oíanse frecuentes maldiciones á los templarios.

—Infamia! Infamia! muerte á los que hacen matar á los niños! vergüenza al rey y á la corte!

Los lituanos miraban al pueblo frunciendo el entrecejo, pero no se atrevían á hacer uso de sus armas; el capitán de los alabarderos consiguió hacer retroceder algo á la multitud y el cortejo empezó á subir los primeros escalones del cadalso. Apenas Zbishko y el sacerdote habían llegado á él cuando el caballero Povala adelantándose con Danusia en brazos gritó:

—Deteneos!

Su voz fué tan fuerte que la comitiva se detuvo de pronto, y ni el capitán, ni los alabarderos tuvieron valor para impedir el paso á aquel caballero que en el castillo habían visto junto al Rey.

Povala, acercándose á Zbishko le presentó á Danusia vestida de blanco, y éste, pensando que la llevaba el caballero para darle un último adiós la estrechó afectuosamente contra su pecho; pero ella en vez de abrazarlo, arrancó el velo blanco de su cabeza y cubriendo enteramente el rostro de Zbishko gritó:

—Es mío! es mío!

—Es tuyo! exclamaron todos los caballeros.

—Vamos á ver los magistrados...

—Sí! sí! gritó la multitud.

El confesor levantó los ojos al cielo, los soldados envainaron los sables. Todos comprendieron lo que había ocurrido.

Existía una antigua costumbre entre polacos y eslavos, según la cual si una niña inocente cubría con su velo la cabeza de un condenado á muerte que quería casarse con él, el culpable no era ajusticiado ni castigado. Esto lo sabían

los caballeros, los aldeanos y hasta los alemanes que vivían de tiempo atrás en Cracovia.

Matzko, al ver aquello, cayó privado de sentido.

Los caballeros, alejando á los soldados, se acercaron á Zbishko y Danusia. El verdugo y sus ayudantes se eclipsaron. Todos comprendían que nadie se opondría á aquella costumbre tan antigua. La multitud se precipitó sobre el tablado, arrancó el paño y lo destrozó. En pocos instantes no quedó en la plaza huella de la máquina infame...

*
* *

Zbishko, llevando á Danusia de la mano, se encaminó al castillo con aire triunfante. Al lado de él iban los más reputados caballeros, y las mujeres y los niños cantaban alegres canciones alabando el valor y la belleza de ambos jóvenes. A los pies de Zbishko, caían coronas de rosas y lirios, y él radiante como el sol, con el corazón lleno de gratitud, de cuando en cuando levantaba á la niña vestida de blanco y le besaba extático los pies.

El viejo Matzko, sostenido por Florián y Martzin creía enloquecer de alegría al ver que se había salvado su sobrino por tan milagroso modo.

Povala de Tacev con su voz poderosa, contaba que se había escogitado aquel medio por la princesa y dos sabios jurisconsultos que conocían perfectamente las leyes y costumbres, aún aquellas que habían caído en desuso.

La absolución dependía del magistrado, pero no era difícil preveer que no la negaría.

Al llegar á su presencia, Zbishko le presentó á Danusia y el magistrado rozando con sus dedos sus finos cabellos

se inclinó majestuosamente. Cuantos estaban presentes, comprendieron el gesto y exclamaron:

—Dios te bendiga! que vivas muchos años, juez concienzudo, y ojalá nos juzgues á nosotros!

Zbishko y Danusia, entre los aplausos de todos, postráronse á los pies de la princesa Ana Danuta.

—Viva la joven pareja!

—Viva! contestaron todos.

—Ilustres señores, dijo el magistrado, los esponsales deben celebrarse en seguida; así lo quiere la costumbre.

—Cúmplase, pues, exclamó la princesa radiante de alegría; en cuanto al matrimonio es preciso obtener el permiso del padre de Danusia, Jurand de Spichov.